EL PENSAMIENTO TEOLÓGICO EN LA OBRA DE TORQUEMADA

FRANCISCO XAVIER CACHO

LA VISIÓN TEOLÓGICA DE LA *Monarquía* se enmarca en la época de oro del imperio español, principios del XVII, y de la Contrarreforma encabezada por España y sus hombres.

> Pero lo que yo quiero aquí ponderar y encarecer es que parece, sin duda, haber elegido Dios a este animoso capitán Don Hernando Cortés, para abrir, por industria suya, la puerta de esta gran tierra de Anáhuac, y hacer camino a los predicadores de su Evangelio en este Nuevo Mundo, donde se restaurase y recompensase a la Iglesia Católica, en la conversión de las muchas ánimas, que por este medio se convirtieron, la pérdida y daño grande que el maldito Lutero (como en otra parte decimos), había de causar en la misma sazón y tiempo en la antigua cristiandad. De suerte que lo que por una parte se perdía, se cobrase por otra, en más o menos número, según la cuenta de Dios, que sabe con verdad infalible cuántos son los predestinados.[1]

El ropaje de las ideas es *barroco,* razón por la que las citas tendrán que ser largas, Sin embargo, la lengua de Castilla se encuentra en un gran momento. El léxico riquísimo y la soltura de estilo en la *Monarquía* nos lo demuestran.

Para el estudio de la *teología* implícita en la obra de Torquemada nos ayudamos de la pauta clásica de los tratados teológicos, respetando los contextos en los que el autor nos entrega su pensamiento.

El orden de presentación adopta el criterio de primacías lógicas: el presupuesto de la fe, el tratado de Dios creador y redentor, al que sigue la respuesta de los hombres al llamado universal y salvífico de Dios.

[1] *Monarquía indiana,* prólogo al libro IV.

Un presupuesto: La fe

Fray Juan de Torquemada quiere llevar al público cristiano su recopilación histórica a la que titula *Monarquía indiana.* Innumerables veces usa el apelativo "cristiano lector". Pero, ¿qué podríamos entender hoy por ese "cristiano lector"? Cabe responder que los lectores de la *Monarquía indiana* eran gentes de *fe,* gentes que podían captar los planteamientos y las soluciones que presentaba el franciscano.

La descripción del ideal del "cristiano lector" podría contar con los siguientes elementos, tomados de los planteamientos de la *Monarquía:*

a) Fe en la palabra de Dios contenida en la Biblia; palabra de Dios que hay que entender literalmente y no al modo de la "interpretación libre", según la Reforma.

Esta fe absoluta en la Biblia toma las palabras del texto inspirado como:

Criterio histórico

La biblia explica y corrobora, en último término, la historia universal:

> No podemos hablar en esto con tanta puntualidad, que digamos, con absoluta verdad, haber sido la vivienda de estos gigantes, primeros pobladores de esta tierra antes, o después del diluvio, donde perecieron todas las gentes del universo mundo, por cuanto de sus historias no consta.[2]
> Por esto dijo Aristóteles que no es cosa fácil, sino muy dificultosa, permanecer una ciudad en estado concertado, sin leyes escritas, o por costumbre. De esta consideración tan necesaria nacieron las leyes en todas las repúblicas del mundo, siendo el primero que dio, la de Dios al pueblo hebreo, Moisés, su caudillo y capitán.[3]

Criterio metodológico

La Biblia inicia, como el mejor de los fundamentos, una disquisición teológico-histórica:

> . . . Adán y Eva bastaron para el aumento del Mundo, les dijo ese mismo Dios: Creced y multiplicad, y henchid la tierra, y así fue que luego co-

[2] *Op. cit.,* prólogo al libro I.
[3] *Op. cit.,* prólogo al libro XII.

menzaron a tener hijos y nietos, y las gentes, que de éstos procedían, fueron hinchiendo la tierra de hombres; de manera que lo primero que importó al hombre, y lo que más le convino fue su creación, y salió a luz en el ser de naturaleza, porque sin este ser, no tuviera consistencia, ni pudiera conservarse en el discurso de el tiempo esta naturaleza, en sus individuos y de aquí es, que siendo esto lo primero que al hombre convino, por esta misma razón comencemos este Libro del Matrimonio . . .[4]

b) Fe en la omnipresencia de Dios que lleva a planteamientos universalistas. Dios es el Señor de todas las cosas. Los enemigos de Dios: el pecado y el Demonio actúan asimismo universalmente. Así, la cosmovisión se expresa en dos grandes sectores que todo lo abarcan: Dios liberador y redentor —por la conquista espiritual— y Demonio engañador universal y perpetuo, fautor de la idolatría, y las desvirtuaciones inhumanas que oprimen a todos los hombres que no conocen y adoran al verdadero Dios.

Pues si sois el Criador de todas las cosas (como lo sois) luego Señor sois de ellas. Y si los reyes de la tierra son criaturas, luego vuestras lo serán, pues todo lo criasteis: y siendo vuestras, Vos seréis el grande y verdadero Rey, y todos los del mundo serán pequeños reyes; pues por esta razón también se os deben las dedicaciones de las cosas, como a Rey que sois supremo.[5]

Y porque no se entienda que solos estos indios fueron los perniciosos en este pecado, se confuta su yerro, con decir, que otras naciones, más atrasadas que ellos, los adoraron, con los mismos nombres. Y conócese en esto el intento del Demonio que fue uno mismo en los unos, y en los otros; es a saber, querer ser adorado de todos . . .[6]

c) Fe en el supremo objetivo del hombre que consiste en salvarse. Torquemada muestra con una viveza ardiente el "afán de salvación", la necesaria mediación de la fe cristiana, cuya predicación corresponde a los evangelizadores. La salvación es el criterio con el que deben ser medidas todas las realidades y anunciar la fe es el quehacer primordial:

La fe entera y verdadera y no fingida es muy necesaria para la justificación del hombre, y en esta verdadera y constante fe, debe persistir para conseguir su salvación y bienaventuranza, la cual destruye y echa del alma las tinieblas de la infidelidad. Por lo cual (según dice Francisco de Mayrones), es llamada Estrella de la Mañana, porque previene al Sol del conocimiento y de la justicia, porque por ella nace el día de la gracia,

[4] *Op. cit.*, prólogo al libro XIII.
[5] *Carta nuncupatoria.*
[6] *Monarquía indiana*, prólogo al libro VI.

y es raíz de todos los bienes y virtudes; la cual arrancada del ánima y corazón del hombre, todas las virtudes morales de que pueda estar adornado, se secan y marchitan.[7]

d) Fe como actitud viva que interpreta las realidades diarias y conforma, con otras pautas culturales, la sociedad novohispana:

Así como los ramos de un árbol, sin la virtud de las raíces, no crecen; así también las obras (aunque parezcan buenas) no son de ningún valor, ni efecto si se apartan del jugo y humedad de la fe; porque el que carece de fe, carece también de todo bien.[8]

A los lectores de la *Monarquía* —parece presuponerlo su autor— deberá interesarles mucho la vida cristiana ejemplar, las hazañas del espíritu, la conversión de los infieles. Posiblemente, les atraerá menos el conocimiento y dominio de la naturaleza ni los valores relacionados con un afán de libertad individual.

Recordando que los años de la redacción de la *Monarquía indiana* coinciden con guerras de religión en Europa, podemos deducir lícitamente que el valor social de lo religioso llegó a alcanzar tanta importancia como para determinar aspectos vitales de la política española en el virreinato. Para el régimen interior de Nueva España, la relevancia de lo religioso significaba el interés por la conquista espiritual de los no-cristianos, el culto público en las ciudades y pueblos del reino, y, sobre todo, la primacía de la *fe* como elemento de juicio en la vida personal de los ciudadanos de todas las clases sociales.

Pues así, a imitación de Christo Nuestro Redentor, estos siervos suyos, cuyas vidas aquí tratamos, con ferventísimo celo deseaban convertir a la fe de ese mismo Señor, a los incrédulos, ganar almas perdidas, encaminar las descarriadas, doliéndose de las ofensas que a Dios se hacían, y, si tuvieran mil vidas, las pusieran todas por la salvación de una ánima pecadora.[9]

Los *fieles*, pues, a quienes se dirige la *Monarquía indiana*, tanto en España como en Nueva España, son cristianos abiertos al mundo de la fe, y su problemática. Los planteamientos teológicos que haga Torquemada encajarán bien en el marco de la fe y serán entendidos en toda su hondura por el público que, en esos años, había seguido con gran interés tanto las disputas teológicas sobre los "auxilios" o inter-

[7] *Op. cit.*, prólogo al libro XVI.
[8] *Op. cit.*, prólogo al libro XVI.
[9] *Op. cit.*, prólogo al libro XX.

venciones de Dios en el mundo de los hombres,[10] como las sangrientas guerras de religión donde se alegaban interpretaciones teológicas por ambos bandos.[11]

Teología de Dios Creador

La cosmovisión fundamental de Torquemada es la contemplación del mundo como pertenencia directa de Dios, donde no existen regiones, por apartadas que sean, que no estén bajo la inmediata mirada del Señor.

En consonancia con su época, el autor se fija primordialmente en el mundo de los hombres, atiende poco al mundo de la naturaleza. Describe el dominio universal de Dios sobre los hombres en términos de rey y vasallos, de autoridad y sujeción.

> Pues si sois el Criador de todas las cosas (como lo sois), luego Señor sois de ellas. Y si los reyes de la tierra son criaturas, luego vuestras lo serán, pues todo lo criasteis. Y siendo vuestras, Vos seréis el grande, y verdadero Rey, y todos los del mundo serán pequeños reyes, pues por esta razón también se os deben las dedicaciones de las cosas, como a rey que sois supremo.[12]

Dios es "Señor de todas las cosas", "reconocido como mayor y supremo en todo" (Prólogo VII), que debe ser conocido por todos los hombres, sean quienes sean y estén donde estén. Es decir, la idea del dominio de Dios lleva a Torquemada a planteamientos universalistas y definitivos en sus juicios de valor.

La consecuencia más apremiante de la cosmovisión cristiana va a referirse a la urgencia de que los "infieles" conozcan y reconozcan al único señor. Por eso, Torquemada va a tratar del conocimiento, bueno y malo, de Dios (libro VI) y del efecto práctico de ese conocimiento o sea de la obra de la evangelización (libros XV a XXI).

> . . . porque así como Dios es sobre todas las cosas, así es razón que se trate de él primero que de otra ninguna, y así he tratado de su conocimiento como lo han sentido los hombres del mundo, unos bien y otros mal, conforme cada cual ha tenido la noticia de este conocimiento.[13]

[10] La disputa *de auxiliis*, se clausuró oficialmente con el decreto del Papa Paulo V, dirigido a los superiores generales de Santo Domingo y la Compañía de Jesús el 5 de septiembre de 1607.

[11] Motivos religiosos habían causado constante turbulencia en el imperio germánico y en Francia. Incluso el rey Enrique IV había sido asesinado en 1610. Se iniciaba la más sangrienta de las guerras de religión: la Guerra de Treinta Años (1618-1648).

[12] *Carta nuncupatoria.*

[13] *Monarquia indiana*, prólogo al libro XI.

Dios ha creado a todos los hombres para que le conozcan, por lo que todos los hombres *naturalmente* pueden llegar a conocerle[14] como a Señor universal de todo. Sin embargo, la fe en la revelación es necesaria para aclarar el conocimiento natural, que es confuso por los varios condicionamientos históricos y culturales de los pueblos infieles.

> Siendo pues, este el fin para que Dios crió al hombre, puso su Majestad Santísima en él, una lumbre natural e intelectual que es el entendimiento, para que con él le conociese (no clara y distintamente y como es conocido por fe, sino con un conocimiento confuso, según su finita y determinada capacidad). Y juntamente crió en él un ímpetu, que por otro nombre se llama apetito, o inclinación natural de conocer que hay Dios y Criador y que debe ser buscado, para ser servido y adorado como Dios único y Señor universal de todas las cosas criadas . . .[15]

La invitación a conocer al Señor universal es, por consiguiente, a todos los hombres. Los evangelizadores son quienes "alumbran" las "tinieblas de la infidelidad" con la luz de la fe o doctrina salvífica traída al mundo de los hombres por el Hijo de Dios. Así, la fe es *conditio salutis* y la urgencia de predicarse a los infieles es perentoria.

> Estos indios occidentales anduvieron envueltos en estas tinieblas de oscura infidelidad todo el tiempo que, por engaño del demonio, le sirvieron durmiendo en el sueño del pecado. . . . pero cuando llegó la plenitud de tiempo, en el cual Dios se apiadó de ellos, enviando sobre sus corazones a su Unigénito Hijo, por gracia, convirtieron aquella noche del pecado de infidelidad e idolatría (como dice David) en día de claridad de gracia; lo cual vimos en el libro pasado, en el cual se ha dicho de la venida de los ministros evangélicos, y predicación que del Santo Evangelio fueron haciendo, con que convirtieron al conocimiento de un solo Dios verdadero, los idolátricos pechos, y corazones destos indios.[16]

Junto con Dios, creador, rey y liberador, aparece continuamente en la *Monarquía indiana* otro personaje universal que atiza la perversidad y la inhumanidad por todas partes y entre todas las gentes. Se trata del enemigo de Dios y de los hombres: el Demonio.

> De aquí es, que todas las gentes erradas del mundo se han despeñado por estos engaños manifiestos del Demonio, y seguido su diabólico y detestable consejo, afirmando por verdades las que son manifiestas men-

[14] La razón natural es una, la cual tenían y tienen estos indios, como las demás naciones del mundo", *op. cit.*, prólogo al libro XII.
[15] *Op. cit.*, libro VI, p. 2.
[16] *Op. cit.*, prólogo al libro XVI.

tiras, dejándose llevar vana y calumniosamente de la malicia envidiosa del Enemigo universal de esos mismos hombres; con la cual pretende derribarlos del estado santo y puro de la gracia, y hacerlos participantes de sus infernales penas.[17]

La cosmovisión de Torquemada presenta tintes bicoloristas: Dios verdadero y Demonio engañador; Dios salvador y Demonio envidioso del bien que entre los hombres hace la salvación divina. La encarnación de la verdad está en la fe católica, presentada con las características polémicas contrarreformistas; la encarnación del error está en el Demonio, "engañador universal", cuya presencia viva son los ídolos, los ritos no-cristianos y la condición servil de las gentes sometidas por el pecado.

Y porque no se entienda que solos estos indios fueron los perniciosos en este pecado, se confuta su yerro, con decir que otras naciones, más atrasadas que ellos, los adoraron con los mismos nombres. Y conócese en esto el intento del Demonio que fue uno mismo en los unos, y en los otros; es a saber, querer ser adorado de todos, en aquel ministerio y prerrogativa que atribuyó a cada cual de los ídolos, que con diferentes nombres introdujo en el mundo, entre los ciegos y engañados hombres que le siguieron en estos disparatados engaños.[18]

La *Monarquía* presenta, en esta oposición de contrarios, su fundamental concepción teológica: el mundo de Dios intervenido por el Demonio engañador de los hombres. De ahí se seguirán los restantes planteamientos teológicos de la redención, de los sacramentos, del ecumenismo de la Iglesia, de los modos franciscanos de "conquistar" y de "ganar" al Demonio la posesión de la inteligencia, voluntad y corazones de los indios infieles.[19]

La teología de Dios creador en Torquemada toca, por último, el gobierno divino de su creación. Este tema, conocido como *providencialismo,* presenta rasgos interesantes en la *Monarquía indiana.* Más que teorizar sobre la Providencia, el autor nos habla en repetidas ocasiones de la acción directa de Dios sobre acontecimientos y personas.

Su Divina Providencia que siempre va descubriendo, por tiempos, las obras de su majestad y grandeza, para que en todos los [tiempos] que hubiere, hasta que el mundo se acabe, haya cosas nuevas en qué alabar a su divina misericordia.[20]

[17] *Op. cit.*, prólogo al libro VI.
[18] *Op. cit.*, prólogo al libro VI.
[19] *Op. cit.*, prólogo al libro XV.
[20] *Op. cit.*, prólogo al libro XX.

A principios del XVII, cuando la tesis mesianista de España había alcanzado su plenitud, Torquemada y sus coetáneos la aplican en descripciones históricas providencialistas. Así, en el libro IV, la Conquista de Cortés; en el XV y otros la permisión del mal moral y del Demonio; en el XIX y en el XX la conquista espiritual llevada a cabo por la Orden Seráfica e iniciada providencialmente por el elegido de Dios, fray Martín de Valencia.

En el capítulo dedicado a la concepción histórica en Torquemada se tratará con mayor detenimiento este tema. Ahora pasamos al de la redención, brote inmediato de la cosmovisión universalista, basada en un solo Dios creador y proveedor del mundo.

Teología de la redención

La visión global del mundo humano y su división práctica entre fieles e infieles, entre adoradores del Dios verdadero y "cultores del Demonio, padre de la mentira", nos persuade de un cierto pragmatismo teológico en Torquemada.

En efecto, las premisas del franciscano no son meramente ideológicas sino principios de fe orientados a la acción evangelizadora. Difícilmente encontraremos en la larga *Monarquía indiana* lucubraciones puramente especulativas, a la vez que continuamente hallamos dilucidaciones de la realidad náhuatl por categorías teológicas y formulaciones teológicas que llevan a actuar sobre la realidad.

> Ésta es pues (cristiano lector), la materia de que trata este libro, diciendo el origen y principio que los días festivos tuvieron en el mundo, y cuál pudo ser el primero, y cómo se fueron introduciendo y multiplicando, así entre los fieles del pueblo de Dios, como entre los infieles del servicio del Demonio. Y entre éstos con tanto cuidado y solicitud, que parece exceso y demasía porque (hablando específicamente de estos indios occidentales) casi todo el año lo tenían por festivo, según que parece en su calendario. Y en el discurso de él eran sin número las ofensas, que a Dios verdadero hacían, en las abominaciones de sacrificios que ofrecían al Demonio, con que se le mostraban muy rendidos a su falsa adoración.[21]

El mundo indígena es un mundo de *infieles,* campo de redención. Torquemada no hace más problema de la vieja disputa entre el maestro salmantino Francisco Vitoria y sus adversarios sobre la categoría teológica de los indígenas, pagana o infiel. Nuestro autor se acoge a la tesis triunfante en la práctica del derecho de conquista de España

[21] *Op. cit.*, prólogo al libro X.

a título de "convertir a los infieles". Posiblemente influyó también la tradición hondamente castellana de la Reconquista, heredada a la generación joven —a la que pertenecía él— por los viejos frailes extremeño-leoneses que iniciaron la conquista espiritual de la Nueva España.[22]

La persona de Cristo, el redentor, va a polarizar toda la acción evangelizadora. Su imagen se presentará en actitud de víctima, tal y como los artistas barrocos de la época tallaron todos los pasos de la Pasión, sobre todo la crucifixión. Parecen estar muy presentes las palabras de la primera carta de San Pedro:

Las "cruces de atrio", con los instrumentos todos de la pasión del Redentor, usadas por los franciscanos en el anuncio de la salvación por el perdón de los pecados —incluyendo al más terrible de infidelidad—, comportaban asimismo el anuncio de una estricta penitencia corporal para el logro de ser redimido de la esclavitud del Demonio. Estas ideas fueron hondamente captadas por los neófitos nahuas, acostumbrados al ritualismo sangriento de su antigua religión. Los franciscanos, conscientes de su misión cristiana, se esforzaron por anunciar la liberación interior de la idolatría con la personal adhesión y viva imitación del Redentor "que, al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de aquel [el Padre] que juzga con justicia; el mismo que, sobre el madero, *llevó nuestros pecados en su cuerpo,* a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia vida de gracia".

> Por el discurso de las vidas de todos, se verá, cómo el intento que tuvieron fue introducir la fe de Jesucristo en los corazones de aquellas gentes idólatras e infieles. Y ellos, aunque la recibieron al principio, después la dejaban, porque por ella se les prohibían muchas abominaciones y pecados que acostumbraban, y por no dejarlos, aborrecían y querían mal a los ministros que se los estorbaban; los cuales, no reparando en el daño que les podían hacer, y les hacían, los exhortaban, amonestaban y reprendían y les quitaban los dioses falsos que adoraban. Que hubiesen muerto de los tormentos causados por estos mismos enemigos, claro se ve, pues morían a sus manos, unos de rodillas, y otros exhortándoles la ley de Dios, y las cosas de su servicio. Que fuese voluntaria esta muerte, ¿quién lo negará?, pues ellos se ofrecían a ella, y la andaban buscando con ansias y suspiros, no en orden sólo de morir, sino de morir por la fe de Jesucristo, y por plantar su ley santísima en las almas de aquellas gentes, que no le conocían.[23]

[22] Para fines del siglo XVI los autores españoles se refieren *per modum unius* a la Conquista, tanto material como espiritual. La figura del rey, representante auténtico del Papa y de Cristo mismo, para quien se conquista, "se gana" la tierra y las gentes, nos orienta a captar esta concepción unitaria del imperio español en expansión.

[23] *Monarquía indiana,* prólogo al libro XXI.

El anuncio de la redención por el testimonio vivo de los evangelizadores pone, en lugar de preferencia, el hacer un elogio de los varones más destacados en virtud, donde ésta es, sobre todo, la imitación personal de Cristo. Torquemada no duda, siguiendo a Mendieta y a los historiógrafos de la época, en escribir tres libros enteros (XIX, XX y XXI) sobre la vida y virtudes de los seguidores del Redentor. Ellos, dice Torquemada, "... más atendieron a obrarlas y servir a Dios en ellas, que a escribirlas, ni jactarse de haberlas obrado y hecho".[24]

Otro aspecto en la ideología de la redención cristiana se refiere a la *aculturación,* derivada de identificar inconscientemente la cosmovisión castellana con la cristiana. Posiblemente el problema número uno de la época en Europa occidental, el religioso, favorecía esta confusión. En efecto, los españoles de entonces, defensores de la ortodoxia católica, difícilmente podían pensar en que su cosmovisión y su modo de ser no era la mejor forma de vivir como cristianos. Por su parte, los evangelizadores de Nueva España predicaban los valores evangélicos con tintes marcadamente castellanos y la redención de Cristo avanzaba a la par con la aculturación hispánica.[25]

> Por cuanto esta Monarquía, que escribo, no sólo contiene el bien que estos indios alcanzaron en lo humano, así en lo temporal de su infidelidad como en el de su cristianismo, sino también los males de que fueron participantes en lo espiritual así en un tiempo como en el otro; y habiendo referido el de su gentilidad e idolatría en todos los pasados, resta decir en el presente, los que han tenido en la predicación del Evangelio, en que de presente viven. Y para ambas cosas han tenido a nuestros españoles por dechado y ejemplo, de donde se sigue que el bueno o el mal ejemplo que se da en cosas que se hacen. son los buenos o malos medios con que se vive mal o bien en una República.[26]

La gracia de Cristo, como instrumento eficaz de redención entra más en los conceptos medievales de "afán de salvación", que en las distinciones que el Concilio de Trento puntualizó contra la protesta de Lutero y Calvino. El autor de la *Monarquía* subraya, una vez más, el planteamiento cristiano de la redención universal del Hijo de Dios: "a quien puso el Padre como propiciación, redención liberadora del Demonio por nuestros pecados" (*Epístola a los Romanos* 3,25), "no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo" (*Epístola Pri-*

[24] *Op. cit.*, prólogo al libro XV.

[25] Esta afirmación no tiene nada que ver con el profundo interés de numerosos evangelizadores por el estudio de las antiguas culturas de Mesoamérica; estudio que se emprendía en vistas a una más adecuada evangelización, no para conocimiento teórico de antropología social (*cfr.* prólogo de Sahagún a su *Historia de las cosas de Nueva España).*

[26] *Monarquía indiana,* prólogo al libro XVII.

mera, Juan 2,2). Torquemada y los evangelizadores no dudaron nunca en ver el mundo indígena como sujeto de la redención de Cristo y un miembro más de la Iglesia Católica o universal. Para recibir la gracia sólo habrá que aceptar la fe y vivificarla con las obras de la conducta cristiana.

> Pero aquí nos queda campo para imaginar por él los engaños del Demonio, y margen donde sentimos con toda devoción las gracias inmensas que a Dios se deben por haber desterrado a este padre de maldad, de estas infernales abominaciones, y puesto en lugar del horrendo sacrificio de hombres, que se condenaban en él a penas eternas, por ser idólatras y adoradores de ese mismo Demonio que los engañaba, el verdadero sacrificio que es Dios hecho hombre, y sacrificado en el ara de la cruz, por los pecadores, el cual corre universalmente por todas estas extendidísimas tierras, ofrecido en la misa cotidianamente al Padre Eterno, para que por él haya piedad de todos aquellos que, necesitados de su favor, piden a voces, mediante su gracia, el socorro de su misericordia.[27]

La redención, en sus formas rituales y culturales, es asunto de la teología sacramental, según la distribución clásica que aquí he adoptado para acercarme al pensamiento de Torquemada.

Teología sacramental

El pensamiento de Torquemada sigue aquí, como en el resto de su teología, los esquemas tradicionales. Sin embargo, por las circunstancias de conquista espiritual en las que se encontraba por entonces la Nueva España, el sacramento del *bautismo* va a ocupar el lugar más destacado y va a servir de eje sobre el que gire la teología sacramental del franciscano. El libro XVI, destinado a los sacramentos, habla, por catorce capítulos, acerca del bautismo, y, por otros catorce, del resto de los sacramentos.

Por otra parte, la preferencia por el *sacramentum fidei* es lógica a la luz del pensamiento teológico hasta aquí analizado. En efecto, el objetivo inmediato y supremo de la evangelización es predicar la fe salvífica. La respuesta de los naturales idólatras se concreta en la aceptación del bautismo de agua, por lo que este último se identifica como "el medio de salvación" por excelencia y de liberación de la esclavitud demoniaca.

> Ahora, en este libro que se sigue, se da razón de la administración de los Sacramentos comenzando por el del Bautismo, por ser la puerta por

[27] *Op. cit.*, prólogo al libro VII.

donde entraron al rebaño de Jesucristo, haciéndose ovejas suyas para ser conocidas del Pastor Divino que, dejando las noventa y nueve en su celestial aprisco, vino a buscarlas como a descarriadas y perdidas. Las cuales, entrando por esta puerta del agua bautismal, merecieron nombre de cristianos. Y no sólo debemos pasar por la consideración de haber recibido tan aprisa, y en tanto número tan necesario sacramento, pero pido también con atención se advierta la entrañable devoción con que venían a él, como ganado sediento, pastoreado del Demonio en los arenales de la infernal Libia: donde careciendo del agua de la primera gracia, que en él se comunica y administra, estaban entre víboras y serpientes de abominables vicios, dándoles a beber ponzoña de maldad, en lugar de agua de salud eterna.[28]

Torquemada, más que una teología sacramentaria propiamente dicha, nos habla largamente de la *administración* de los sacramentos y del ejercicio correspondiente al sacerdocio administrador de los mismos. Al referirse al sacerdocio, en el libro IX de la *Monarquía,* no puntualiza más que la necesidad de ministros para el culto, ya se trate de la religión demoniaca o de la verdadera religión.

. . . porque habiendo cosas que han de ser ofrecidas en el culto divino (ora sea falso, ora verdadero), y lugar donde han de ser hechas y ejercidas, fuerza es que haya ministros, por cuyas manos pasen y se hagan.[29]

Cuando se refiere a los sacerdotes de Cristo, nos dibujará la imagen del pastor celoso que va en busca de las ovejas descarriadas por la idolatría y el engaño del Demonio. "El rebaño de Cristo", compuesto por los bautizados, va a requerir obviamente el ser guiado, alimentado, guardado en el aprisco, vigilado por los pastores. En ese marco de referencia Torquemada nos habla de la *pastoral* o administración de los sacramentos. El método que sigue es el anecdótico, imitando a sus predecesores Mendieta y Motolinía, por donde nos consta su objetivo de no dejar en el olvido las hazañas de la conquista espiritual más que de estructurar una teología sacramentaria.

. . . ponían sumo cuidado en la administración de este sacramento [confirmación], estos santos varones y apóstoles de esta Iglesia, para que por él alcanzasen la gracia y fortaleza, que en este sacramento se da . . . Fue tanto el fervor que estos santos prelados tuvieron y mostraron en la administración del sacramento de la confirmación, a sus ovejas, sin tener cuenta con cosa de su regalo, ni de propio descanso, ni aun de su salud,

[28] *Op. cit.,* prólogo al libro XVII.
[29] *Op. cit.,* prólogo al libro IX.

que algunos murieron de achaque de molidos y quebrantados por administrar a mucha gente este santo sacramento.[30]

Los "ministros evangélicos" administrarán, a los ya bautizados, los sacramentos de la confirmación, penitencia, comunión, matrimonio y extremaunción. Nuevamente se trata de narraciones históricas de esa administración, vivamente narradas por quien cree en la gracia de Cristo otorgada en los sacramentos.

Es interesante conocer los *modos* como los evangelizadores adaptaban las exigencias de la vida cristiana a los antiguos mesoamericanos, cuya religión y cultura distaban mucho de la interpretación castellana del cristianismo. Nos encontramos en plena teología pastoral sacramentaria. En el *matrimonio,* por tratarse de monogamia y vínculo sacramental, tenemos los puntos más relevantes.

Uno de los criterios para resolver los casos de poligamia fue el de la preferencia y antigüedad en el vínculo:

> Con este recato, los prudentes ministros no quisieron admitir a la recepción de este sacramento [matrimonio] a los tales que estaban cargados de muchas mujeres, si no fuere con estrecho examen de si con alguna o algunas de ellas habían contraído afecto maridable, y si había sido esto con más de una, cuál era la primera . . .[31]

Con respecto a la Eucaristía, el énfasis se pone en el sacramento más que en el sacrificio. Es decir, se atiende a la administración de la eucaristía, alimento para la vida cristiana; poco se dice de la asamblea eucarística reunida para la adoración, impetración y acción de gracias a Dios. Torquemada refiere los *modos* pastorales, o criterios con los que se deberá admitir a los neoconversos de la idolatría. Hubo evangelizadores que opinaron debería negarse a todos los nuevos cristianos indígenas la comunión, invocando el ordenamiento tridentino sobre la "digna preparación";[32] otros, por el contrario, invocaban el derecho divino de todos los cristianos, fuesen cuales fuesen, de recibir la eucaristía. Torquemada prefiere el criterio pastoral de discernir casos concretos de idoneidad para recibir el sacramento:

> Lo mismo pudiera ser, en cuanto a la administración del Santísimo Sacramento de la Eucaristía a los indios: que, tomando el medio de la discreción, pudiéramos convenir todos en un parecer, rigiéndonos por la

[30] *Op. cit.*, libro XVI, capítulo XV, p. 175.
[31] *Op. cit.*, libro XVI, capítulo XXIII, p. 194.
[32] *Cfr.* cap. 7 de la sesión XIII, celebrada durante septiembre y octubre de 1551 en Trento. El canon 11 de la misma sesión insiste en "no enseñar, ni predicar, ni defender públicamente doctrinas contrarias".
Denzinger, *Enchiridion symbolorum,* 32ª edición, Barcelona, Herder, 1963.

regla de los juristas que dice: haz diferencia de los tiempos y concertarás los derechos. Pues para esto es la discreción, para discernir y considerar diferentemente las cosas conforme a los tiempos, personas y negocios que se ofrecen, y no subirnos a las nubes, ni arrojarnos a los abismos.[33]

Esta tendencia, tan marcadamente pastoralista en la doctrina de los sacramentos, no tiene nada que ver con las puntualizaciones del Concilio de Trento. La disputa con los protestantes, muy en derredor de los sacramentos, ocupó las sesiones conciliares VII (Sacramentos en general, bautismo y confirmación), XXI (Comunión), XXIII (Orden sacerdotal) y XXIV (Matrimonio). España y su imperio en América, no teniendo el problema protestante dentro de sí, tampoco lo tuvieron en polemizar sobre la doctrina. La preocupación derivó, más bien, hacia la administración de los siete sacramentos, ya fuese entre viejos cristianos ya entre los recién convertidos del Nuevo Mundo.

Por lo demás, el imperio hispánico subrayó con vigor contrarreformista, el culto de los santos y de sus reliquias, como "intercesores" ante Dios. Estos sacramentales, de antigua raigambre cristiana, entran de lleno en la idea de Torquemada sobre la vida y el culto cristianos.

Según San Bernardo, tres cosas nos hemos de acordar en las vidas de los santos. La primera es del buen ejemplo que nos dieron con su vida mientras vivieron en este mundo. La segunda de cotejar nuestra vida con la suya, para nuestra confusión. La tercera de cómo nos favorecen ahora delante de Nuestro Señor Dios en la gloria. Cuanto a lo primero de ello se puede decir aquello que el glorioso Pablo decía a los filipenses: Resplandecéis entre la nación mala y perversa, así como lumbreras en el mundo. ¿Quién podrá explicar el resplandor de las virtudes de estos santos padres? ¿Su fe, esperanza, amor de Dios y del próximo? ¿Su justicia en dar a cada uno lo que es suyo? ¿Su fortaleza en las adversidades de esta vida? ¿Su humildad entre las honras del mundo? ¿Su paciencia en las persecuciones? ¿Su abstinencia entre tanta abundancia de manjares? ¿Su oración, devoción, meditación y contemplación entre tantas ocupaciones exteriores? ¿Su pronta obediencia y su pobreza entre tantas ocasiones? ¿Su continua peregrinación en tan largos y ásperos caminos . . .?[34]

Para Torquemada el culto de los santos se encamina a una viva imitación de los mismos. Por otra parte, no se trata solamente de los santos históricos, sino también de "estos santos padres": los frailes del XVI ávidos imitadores del redentor.

[33] *Monarquía indiana*, libro XVI, capítulo XX, p. 184.
[34] *Op. cit.*, prólogo al libro XX.

La intersección sacramental se patentiza en los milagros:

> Una india estaba con unas tercianas dobles, y había tiempo que las padecía y no hallaba remedio para sanar de ellas. Y con la fe que a esta Santa Reliquia tenía tomó un poco de su palo y echólo en agua, y cuando le quiso dar el frío de la terciana, se la bebió y luego quedó sana, sin que más le viniese la calentura . . . De este género son infinitos casi los milagros que por obra de Dios, por esta Santa Reliquia [se trata de un *lignum crucis]*. Y así es tenida en grande veneración por todos; y el que puede haber una pequeña parte de esta Reliquia lo tiene a muy gran beneficio.[35]

Teología de la iglesia

Los conceptos eclesiológicos de la *Monarquía indiana* implementan ideas que Torquemada nos ha expuesto sobre la redención salvífica y el derecho a esta última por la fe y la recepción del bautismo.

La *Iglesia* es el *locus ubi* —el sitio único— de la salvación. Lugar exclusivo o "huerto cerrado", "fuente sellada", donde las plantas ahí sembradas gozan de agua vivificante y cuidados personales de la Providencia.

En una descripción tan barroca como hermosa, el autor desenvuelve parabólicamente las anteriores metáforas.

> Una de las alabanzas que el Esposo hace a la Esposa, que es la *Iglesia,* es decirle huerto cerrado y fuente sellada. Llámala huerto, por la amenidad y frescura de plantas que en sí tiene, y cerrado por la guarda con que Dios le tiene, así de su divina Providencia, como de los ángeles en cuya tutela la ha puesto, y tantos pertrechos de prelados y ministros que la cercan y rodean, que es lo que nota David diciendo: los montes están en su contorno y Dios en el circuito de su pueblo. Llámala fuente, por la muchedumbre de aguas celestiales, que de ella manan, con que están regando continuamente las almas de los fieles. De la cual fuente se entienden aquellas palabras de Isaías: sacaréis aguas, con gozo, de las fuentes del Salvador, y esas otras que dicen: Todos los sedientos, venid a las aguas porque si Cristo, según San Juan, dice de todos los que reciben su gracia: el que bebiere del agua que Yo diere se hará en él una fuente que siempre esté manando para la vida eterna; y en otra parte dice: el que tiene sed, véngase a mí y beba, y correrán de su vientre ríos, caudales de agua viva. Luego bien se sigue que la *Iglesia,* que recibiendo de Cristo, su Santo Esposo, como de mar de inmensas aguas de gracias, las del Divino Espíritu, las tendrá para repartirlas por sus fieles. De aquí nacen aquellas emisiones, que luego prosigue el Esposo que son

[35] *Op. cit.,* libro XVI, capítulo XXVIII, p. 206.

las plantas, como dice Almonacirio, que nacen en este huerto soberano de la *Iglesia Católica,* que son los que renacen en ella por el sacramento del bautismo.[36]

Analizando la descripción, encontramos la teología de la Iglesia en el pensamiento de Torquemada. A todas luces se trata de la concepción medieval, lejana de cuestionamiento protestante y del influjo de las ideas políticas del XVIII que culminaron en describir a la Iglesia como una "sociedad". Sin embargo, la eclesiología de nuestro autor es inmensamente bíblica: interpreta con frescura mística las expresiones de los libros sapienciales *(Cantar de los cantares, Salmos)* y proféticos (Isaías), para llegar al evangelio espiritual de San Juan. En esto la concepción místico-medieval está más cercana a la del Vaticano II que a la sociológica de los siglos XVIII, XIX y parte del XX. El Vaticano II ha vuelto a las fuentes bíblicas, pero bajo el signo de la razón crítica, ya no con el viejo candor franciscano. A las metáforas bíblicas el autor añade la del autor mozárabe Almonacirio, quien compara a la Iglesia con una granada:

> Y luego dice que su hermosura es como la del granado, porque de la misma manera que en la granada, debajo de una corteza hay muchos granos encerrados, así, ni más ni menos, debajo de la misma fe y una religión cristiana, y unos mismos sacramentos, hay muchos cristianos que por el bautizo de Cristo le imitan en la muerte, como testifica San Pablo diciendo: los que estamos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte.[37]

Estas palabras nos invitan a pensar en la teología práctica al servicio de la evangelización y de la vida cristiana que tenía en mente Juan de Torquemada. Aquí, la Iglesia es la reunión viva de imitadores de Cristo que ofrendan su propia sangre en los trabajos de la evangelización.

> Estas granadas de este huerto celestial de la Iglesia, son los mártires significados por los granos colorados de la granada, que es el derramamiento de sangre que hacen por la confesión y predicación de la fe y doctrina de Jesucristo.[38]

Teología ascético-mística

El tema ascético-místico es frecuente en el pensamiento teológico de la *Monarquía indiana.* Nada tiene de extraño, a la luz de la pasión

[36] *Op. cit.*, prólogo al libro XXI.
[37] *Op. cit.*, prólogo al libro XXI.
[38] *Op. cit.*, prólogo al libro XXI.

castellana de los siglos XV y XVI por la vida contemplativa y apostólica. El contenido general de seis libros trata de lleno el tema, además de muchas otras alusiones que encontramos a lo largo de la obra. Y aun cuando es verdad que en estos libros copia grandes porciones sobre todo de la obra de fray Gerónimo de Mendieta, ello no invalida que, al incorporarse esos materiales, hizo suyas las ideas y puntos de vista allí expresados.

El libro XV trata del franciscanismo y su relación con la conquista espiritual. Nos habla de la vida como de una cruzada. Las pautas de la época: gloria, honra, ambición y afán de memoria aparecen en su dimensión religiosa. El libro XVII habla del valor del testimonio de vida. El libro XVIII, de los conquistadores espirituales. En el libro XIX Torquemada trata nuevamente el franciscanismo. El libro XX presenta la vida como combate espiritual, elogia las virtudes cristianas de los evangelizadores franciscanos y su imitación personal de Cristo. El libro XXI trata, además del franciscanismo, del valor del martirio en la conquista espiritual.

A casi un siglo de la llegada de "los doce", la perspectiva histórica ofrece un cuadro lo suficientemente diseñado como para ver en él los rasgos característicos de la conquista espiritual, desde el punto de vista tantas veces señalado:

> Comenzaron, pues, los frailes de San Francisco en este nuevo orbe la pelea con el Demonio, metidos entre sus enemigos, los indios infieles, y después que comenzaron esta reñida batalla, vinieron los de las otras órdenes, y les ayudaron, y todos juntos hicieron la guerra y salieron con victoria, bautizando, predicando, destruyendo ídolos y aniquilando la idolatría y desterrando al Demonio, inventor de ella.[39]

Los elementos de esta conquista se confunden con la historia misma de la reforma franciscana del siglo XV, de contextura evangélica. De esa reforma saldrán los evangelizadores hacia la conquista espiritual de la Nueva España, donde la primera provincia franciscana será la del Santo Evangelio.

> . . . se ha dicho de la venida de los Ministros Evangélicos, y predicación que del Santo Evangelio fueron haciendo, con que convirtieron al conocimiento de un solo Dios verdadero los idolátricos pechos y corazones de estos indios.[40]
>
> . . . y yo, como hijo de esta Santa Provincia, llamada del Santo Evangelio, doy más razón de ella que de las otras, por saberle los rincones más

[39] *Op. cit.*, prólogo al libro XV.
[40] *Op. cit.*, prólogo al libro XVI.

que a las otras y también por ser la primera y más principal entre todas las de las Indias Occidentales, y forma y dechado de la conversión de los indios, para las otras.[41]

Es bien sabido que en el prolongadísimo hecho de la reconquista se forjó la mentalidad castellana. Torquemada recoge varios elementos de esa mentalidad, revive el recuerdo de los evangelizadores castellanos, cuya visión de la vida era un combate espiritual contra el Demonio y el pecado, por lo que la vida debería ser una ascesis o ejercicio para el combate.

. . . peleamos cada momento en la batalla espiritual, según lo dice el Santo Job: la vida del hombre es batalla sobre la tierra. Debemos, pues, traer a la memoria, y ver cómo salvaron sus ánimas estos benditos padres y religiosos cuyas vidas aquí tratamos. Cómo esforzadamente pelearon contra sus enemigos: mundo, Demonio y carne.[42]

El combate ascético es descrito por el autor en sus pormenores:

. . . si consideramos la ley divina, por una parte, y la malicia del Demonio por otra, veremos cómo esta santa ley de Dios es una contienda, y guerra publicada a fuego y sangre contra la malicia y falsa doctrina que el Demonio enseña, y tiene introducida entre los ciegos y desventurados hombres que se han dejado llevar de su depravado intento, por los senderos errados de su perdición. De manera, que son bandos encontrados, Dios y su ley, con el Demonio y su malicia; para lo cual hay hombres que siguen ambas banderas . . .[43]

La conquista evangélica del XVI se sitúa también, en cierto modo, dentro de la mentalidad renacentista donde valen todos los factores del individualismo: nombre, honor, poder, riquezas, títulos, memoria para la historia. Estos mismos valores van a teñirse de Evangelio. Los franciscanos buscarán con ahínco señalarse en el servicio del rey eterno, en la imitación personal de Cristo, en poseer las riquezas del espíritu, en merecer los títulos y los honores de quienes entregan su vida a la predicación, en la búsqueda del testimonio supremo del martirio que quedará como recuerdo invitador a las futuras generaciones de evangelizadores.

Y si los hombres mortales, por sólo que hacen cosas hazañosas y de valentía en el mundo, desean gloria en sus mortales hechos, ¿de cuánta mayor son dignos los que no se ocuparon en vencer las fuerzas de los cuerpos, sino de las almas infieles, quitándoles la doctrina con que ser-

[41] *Op. cit.*, prólogo al libro XIX.
[42] *Op. cit.*, prólogo al libro XX.
[43] *Op. cit.*, prólogo al libro XV.

vían al Demonio y esfumando en ellas la de la verdadera salud que guía a la bienaventuranza? ... Pues ¿por qué no quedarán en eterna memoria las de estos apostólicos varones, que no sólo vencieron en sus reencuentros a los hombres que se les opusieron, sino también al Demonio a quien, como a Dios adoraban, no teniendo en nada el interés de las cosas de la vida, por ganar la honra y gloria del premio de la bienaventuranza? Ésta es la que levanta corazones humildes de hombres comunes y llanos, a la alteza de su cumbre, teniendo en más la honra, que el interés de las riquezas ... Ésta quisieron estos evangélicos varones, batallando por sólo la honra de Dios, no estimando por precio de sus vidas lo mucho que pudieran tener en ella si sólo atendieran a la codicia de los bienes temporales. Esta sola gloria buscaron, no estimándola en la boca de los hombres sino depositándola en el regazo de Dios que es el que la premia con colmadísimas ventajas, teniéndola en la primicia de sus conciencias, y presentándola al juicio del verdadero juez, que conoce el fiel peso de todas las cosas.[44]

Torquemada gusta de referir las glorias de su orden tanto en conjunto como en los individuos ilustres de la misma. En esto bien podemos ver el "triunfalismo" de la España contrarreformista y el afán contemporáneo de personalización. Sin embargo, la insistencia del autor nos lleva a pensar asimismo en un fenómeno peculiar que podríamos llamar franciscanismo, derivado precisamente del afán de honra y realizado en los campos del espíritu.

Pues, si dejando lo hecho y acontecido por todo aquel Mundo Viejo, donde tanto esta celebérrima orden se le ha mostrado y dilatado, volvemos los ojos a este que respecto de aquél, llamamos Nuevo, ¿a quién se debe este primado sino a la orden de mi gloriosísimo padre San Francisco? Ella fue la primera, que con pasos cristianos paseó su suelo, y la que envió sus caballos ligeros a que la explorasen y comenzasen a escaramucear con el Demonio, para quitarle de las manos empresa que tanto a Dios Hombre había costado.[45]

La orden franciscana se aventaja por su acción apostólica. En términos guerreros de conquista es ella descrita así por Torquemada:

... los que militan bajo de la regla franciscana son señalados entre los que siguen el estandarte de la verdadera fe, y con ella en el corazón, se ponen en el campo, haciendo rostro y guerra al enemigo; y no sólo se precian, ayudados de la divina gracia, de estar alistados en el número de soldados de Jesucristo, sino que son los caballos ligeros de Dios, que corren este campo espacioso de la Iglesia.[46]

[44] *Op. cit.*, prólogo al libro xv.
[45] *Op. cit.*, prólogo al libro xv.
[46] *Op. cit.*, prólogo al libro xv.

Los elementos antes descritos (individualismo renacentista, cosmovisión de conquista y mentalidad castellana de reconquistar para Dios las tierras y las almas) preparan los muchos capítulos que el autor dedica a conmemorar las hazañas de franciscanos ilustres, encabezados por fray Martín de Valencia.

> Y aunque es verdad, que decimos en otra parte que, no sin misterio, fue elegido Fernando Cortés para el descubrimiento de esta tierra y conquista de sus moradores, hizo digo en ésta, que con mucho más claro misterio lo fue el varón santo fray Martín de Valencia con sus compañeros para este misterio de la conversión. Porque quiso Dios hacerlos caballos ligeros de esta nueva Iglesia, enviándolos primero a que corriesen las tierras de estos infieles, para que, como ligeros por pobreza y blancos por perfección de vida, entrasen ligeramente a despojar los ejércitos infernales, que tan pujantes estaban entre estos indios, donde no había otro conocimiento en lo espiritual, más que el de los falsos demonios . . .[47]

Conclusión

A modo de conclusión, podríamos decir que la importancia que concede Torquemada a lo teológico es definitiva. No se trata de una elaboración teórica, sino de su misma cosmovisión, a la que conviene, más que cualquier otro calificativo, el de teológica.

En efecto, el mundo de Torquemada se sustenta en la visión fundamental de hombres en camino de salvación y hombres en riesgo de condenación eterna. Dios-salvador y Demonio-engañador son los personajes principales en el mundo de los hombres. La acción de ambos personajes es perpetua y universal, abarca todos los tiempos y lugares, a todos los hombres y a todas las razas. Se trata, pues, de una cosmovisión universalista, característica del cristianismo que tiene fe en un salvador universal de todos los hombres nacidos en pecado y engañables por el "enemigo natural" o Demonio.

Así, en el mundo de los hombres nada habrá más importante que la fe salvífica y la propagación de la misma por los evangelizadores. Torquemada sigue esa línea y, a propósito de ella, hace reflexiones teológicas y narra la conquista espiritual franciscana con ricos matices de teología pastoral.

Las reflexiones teológicas siguen el camino escolástico: se inician en la palabra de Dios, siguen por la interpretación de los Santos Padres, doctores, concilios y teólogos, para terminar en las aplicaciones concretas del tema de la *Monarquía indiana*. Torquemada es original

[47] *Op. cit.*, prólogo al libro xv.

en el último punto. Esto se manifiesta sobre todo en los prólogos donde él introduce las diversas materias, copiadas en alto grado de los autores que le precedieron, y expresa más directamente sus propios criterios al respecto. Por otra parte, la coincidencia de la cosmovisión teológica con la histórica es patente. Sin embargo, la idea de la historia en Torquemada pide consideración especial puesto que, en función de ella, se logrará acercamiento más penetrante a cuanto normó su trabajo de investigador, compilador y escritor, autor de la primera gran síntesis sobre antigüedades indígenas, conquista y evangelización en la Nueva España.